

Era dicción profética

En perfecto maridaje,
sin temer al sufrimiento...,
fines de empadronamiento
acuciaron su viaje.

Y en Belén, cual duro ultraje
al divino alumbramiento...,
no hallaron ni un aposento
digno para su hospedaje.

Sólo un establo que había
y era albergue de animales,
les brindó hospitalidad.

Y allí... el Niño-Dios nacía!,
dando ejemplo a los mortales
de la más santa humildad.

RUFINO SAUL

La infinita tristeza

(Salita de estar. MERCEDES —unos sesenta años— y MARIA, que no acaba de sentarse. MARIA tendrá unos cincuenta y cinco años).

MERCEDES.—Pero siéntate, mujer.

MARIA.—(Haciéndolo). Estoy nerviosa. No sé porqué. De qué vamos a estar nerviosas nosotras, ¿verdad?

MERCEDES.—Siéntate. Te preocupas demasiado por el trajín de la casa. Deja que duerma el polvo. Descansa tú.

MARIA.—(Pausadamente). Hace frío. Moviéndome no lo siento tanto.

MERCEDES.—Yo estoy bien. ¿Llueve todavía?

MARIA.—Ya no, pero el cielo sigue igual de triste.

MERCEDES.—Buen final de invierno.

MARIA.—Y buen principio de primavera, porque ya nos pisa los talones; pronto florecerán los almendros.

MERCEDES.—Podremos iniciar nuestras excursiones y viajes.

MARIA.—Bien es verdad.

MERCEDES.—¿Volveremos a Lourdes este año?

MARIA.—Podríamos, sí.

MERCEDES.—La Cofradía del Buen Pastor volverá a hacerla a un precio módico.

MARIA.—Hay tiempo hasta entonces... ¿Terminas el zurcido?

MERCEDES.—(Mostrando un trapo). No queda bien del todo. Pero, en fin, para lo que ha de servir...

MARIA.—Ciertamente. (Queda pensativa).

MERCEDES.—Matilde vendrá el domingo. (Viendo que María no repara en lo que acaba de decir): Esta mañana vi a Matilde.

MARIA.—¡Ah! ¡Matilde!

MERCEDES.—Vendrá el domingo. Seguramente a contarnos lo que le ocurrió a su nena. Ya sabes.

MARIA.—Sí.

MERCEDES.—Te veo pensativa. ¿Te encuentras mal?

MARIA.—No.

MERCEDES.—Te noto ausente.

MARIA.—Será cosa del tiempo. Los años.

MERCEDES.—Debieras ver a un médico.

MARIA.—¿Para qué? No. No.

MERCEDES.—(Dejando su labor). ¿Acaso vuelven tus escrúpulos?

MARIA.—(Levantándose y alejándose un poco de su hermana). Sí. Desde hace días me inquieta el remordimiento.

MERCEDES.—(Acercándose a ella y tomándola de la mano). Ven a sentarte. Olvidalo todo.

MARIA.—No puedo apartar de mí los tristes pensamientos. Será cosa del frío o de que estamos envejeciendo, o sabe Dios qué.

MERCEDES.—Sólo Dios sabe cuál es el destino de Joaquín. A lo mejor nos preocupamos tontamente y él vive como un rey.

MARIA.—¿Tú crees?

MERCEDES.—Y, ¿por qué no? Sabía sacarle producto a todo cuanto tocaba. No creo que haya muerto de hambre.

MARIA.—Es cosa que no sabemos.

MERCEDES.—Y qué. Aunque así fuese ¿seríamos culpables de ello? Fue su propia culpa quien lo desterró.

MARIA.—Fue mi culpa.

MERCEDES.—¡Calla! Eras una niña entonces. ¿Qué sabías tú de la maldad? Apenas iniciabas tus pasos de adolescente cuando él te envolvió en sus tretas.

MARIA.—Yo sabía de la maldad... Sabía algo de ella...

MERCEDES.—El fue el único culpable. ¿Recuerdas? Lo confesó.

MARIA.—Acaso todo fuese un gesto de nobleza.

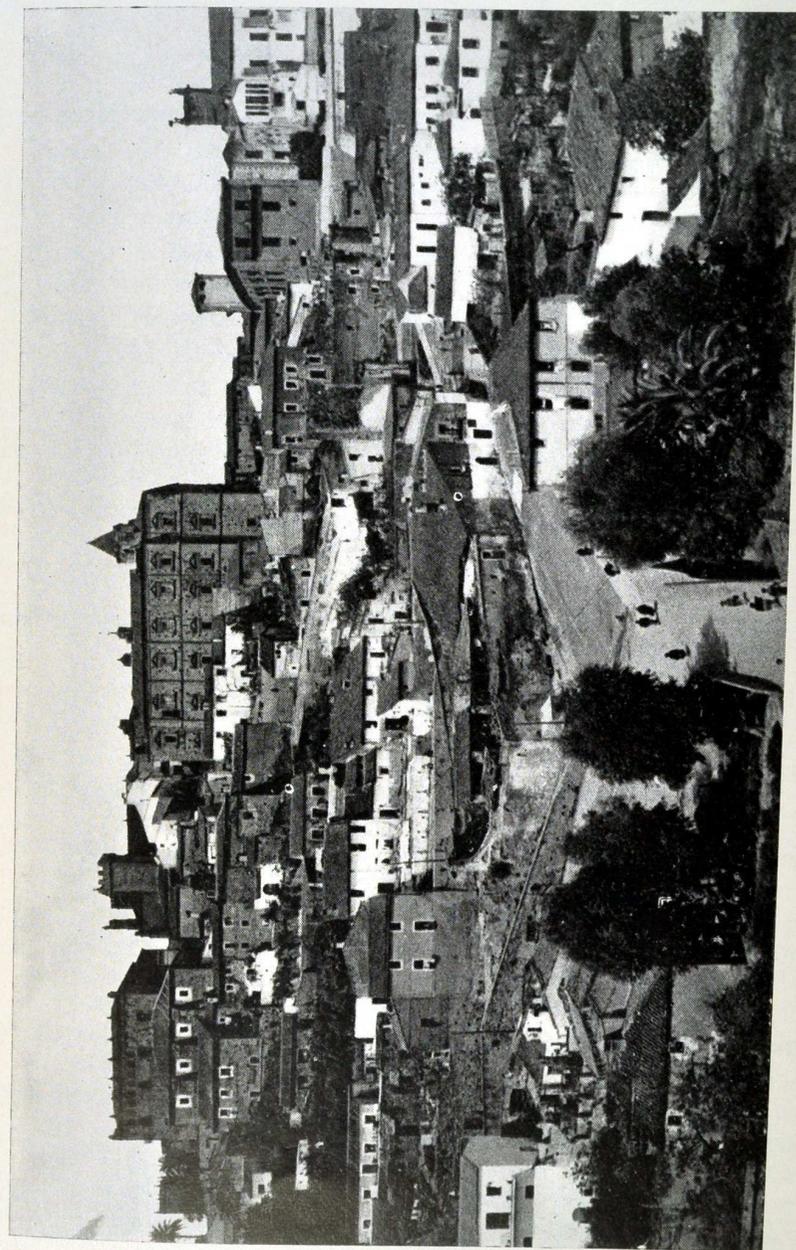
MERCEDES.—Nunca tuvo arrestos de esta clase. ¡Podría contarte tantas cosas desagradables de mi vida con él! Tú no sabes cuántas penas ensombrecieron mi vida de casada. Lo veía distante de mí, cada día más y más distante. Los últimos tiempos me engañaba abiertamente. Ni evitaba disimularlo. Tú ibas a ser para él un juguete más que se ponía a su alcance. Y no lo permití. ¡Con mi misma sangre, no! Y tomé la decisión de echarlo de esta casa. Y lo hice. Y esa es toda la historia. ¡La suya, la tuya, la mía...: triángulo que no fue, que no pudo ser...

MARIA.—Que no pudo ser, por culpa mía.

MERCEDES.—¡Tuya no!

MARIA.—Los años han quitado importancia a mis defectos. No lo ignoras: Yo le quería.

MERCEDES.—¡Eras tan niña entonces! Le quisiste porque era el primer hombre que se dirigía a ti.



ALBUM EXTREMEÑO.—Vista parcial. Cáceres. (Foto Arribas).

MARIA.—(Friamente). Le hubiese seguido hasta el fin del mundo si él lo hubiese querido...

MERCEDES.—No hubiese durado mucho tu ceguera.

MARIA.—Su recuerdo sigue persiguiéndome.

MERCEDES.—No debes tener remordimiento. Sólo mía fue la decisión de echarlo.

MARIA.—Debiste echarme también a mí. El era tu marido.

MERCEDES.—¡Y tú mi hermana!

MARIA.—No dudé en quitarte al marido.

MERCEDES.—Quiso seducirte.

MARIA.—Era yo quien quería entregarse. Te lo juro, Mercedes. Mi corazón no era tan puro.

MERCEDES.—Tonterías. Conocía bien a Joaquín. Hubieses sido un juguete más en su vida de hombre.

¡Como lo fui yo! ¡Porque sólo somos un juguete en la vida de los hombres!

MARIA.—¡No digas esto!

MERCEDES.—¿Qué crees? Hace años que dejamos de ser niñas para darnos cuenta de lo que valemos.

Nuestro paso por el mundo sólo sirve para alegrar la vida de los hombres. Otra cosa no. Es tontería pensarlo. O creerlo.

MARIA.—No digas estas cosas así, tan frágilmente, como si no tuviesen importancia...

MERCEDES.—¿Es que acaso crees que Joaquín hubiese tomado el compromiso de fugarse contigo?

No, no lo creas. Si lo hubieses propuesto hubieses tenido un desengaño, porque los hombres toman lo que pueden pero —eso sí—, sin que ello les represente complicaciones.

¡Menudo plantón te hubieses llevado de proponerle una fuga!

MARIA.—Bueno. Dejemos esto si quieres. Tus palabras no me ayudan en nada. Mis remordimientos —o llámalo como quieras— será cosa de estos días tristes del invierno. La comodidad de que gozamos me hace pensar en el frío que muchos padecen y el recuerdo de Joaquín se sumaba en esta tristeza infinita que me agobia, que me consume. Nuestra vida no ha tenido sentido, Mercedes, por más que lo creas. ¿Qué es una vida de mujer sin la sombra,

sin la dedicación a un hombre? La verdad: no comprendo cómo pudiste ser tan cruel con tu marido.

MERCEDES.—¡Cómo! ¿Qué palabras son éstas? ¿Es posible que me eches en cara mi decisión? Comprenderás que mi dignidad de esposa no podía permitir...

MARIA.—He pensado, en mis largos momentos de soledad si la dignidad de las mujeres debe tener tanta importancia. (Impide que Mercedes hable, con un gesto rotundo). También me he preguntado si por mi culpa, si por el solo hecho de ser tu hermana decidiste echar a tu marido; si de ser yo otra cualquiera...

MERCEDES.—Igual.

MARIA.—¿No lo hubieses perdonado?

MERCEDES.—Había perdonado ya tantas veces que mi corazón comenzaba a sentirse árido. Pero si no hubieses sido tú mi hermana tal vez le hubiese perdonado una vez más, pero sólo una vez.

MARIA.—Entonces mi sentimiento de culpabilidad tenía motivo de ser. Tal vez él hubiese sido otro si después de un nuevo perdón...

MERCEDES.—No. Y no hablemos más de esto. Recuerda que Joaquín deseaba salir de un amorío para posesionarse de otro...

JOAQUÍN.—(Apareciendo. Es joven, como de treinta años). Oh, no. Perdona, pero no es así. Con los años vas perdiendo memoria

MERCEDES.—¿Cómo? ¿Aún tú te atreves a desmentirme?

JOAQUÍN.—Discutámoslo, si quieres. Pero no fue exactamente así. Yo amaba a María porque tú te alejabas cada vez más de mí. Recuerda, recuerda que te sumías en cábalas y caprichos raros. Apenas si salías. Los últimos tiempos parecías, más que una mujer, una monja. Te quedabas en casa, sin el más leve asomo de femineidad, sin importarte si mi deseo era compartir contigo los momentos gratos que la vida presenta. Recuerdo —porque hace sólo dos días que ocurrió—, recuerdo que al enterarte de que amaba a María pusiste el grito en el cielo pero no preguntaste cuál era el motivo o si habías tenido tú una pequeña parte de culpa.

MERCEDES.—¡Sólo hubiese faltado!

MARIA.—Era tu mujer, Joaquín, compréndelo.

JOAQUÍN.—Tampoco tú querías comprenderlo entonces. Tu juven-

tud gritaba por una felicidad que veías tan próxima que no querías evitarla. Nuestro amor lo era todo, María. Amor pecaminoso, lo sé, pero amor al fin. Acaso nuestra disculpa era sólo ésta: la disculpa de amarnos.

MARIA.—Ha transcurrido tanto tiempo desde entonces...

JOAQUÍN.—¿Has olvidado que nos amábamos? Nos amábamos sinceramente, ardientemente, como dos almas jóvenes que éramos. Por ti huí. Porque huída fue, que no otra cosa. Porque ésta era mi casa y en ella mi decisión era la que valía. Pero de no alejarme yo hubieses sido tú la perjudicada y preferí partir...

MERCEDES.—Creíste que así volvías a ser libre.

JOAQUÍN.—No lo creerás, pero no he vuelto a amar a otra mujer.

MARIA.—Es difícil creerlo.

MERCEDES.—Me asombra tu fidelidad. No sabía que al fin ibas a respetar mi memoria.

JOAQUÍN.—Perdona. No fue la tuya. Fue la memoria de mi amor por María. Tú no contabas ya en mi vida de hombre. Fuiste alejándote poco a poco. No deseabas salir conmigo, vivir conmigo, soñar conmigo, sufrir conmigo; y cuando en la vida de una mujer no cuenta el deseo de compartir con su marido las alegrías y las penas, no merece que el marido tenga por ella el más mínimo aprecio. Era María la que compartía mis angustias y mis momentos alegres. Empezamos a salir juntos a instancia tuya, recuérdalo...

MERCEDES.—Te lo pedí en alguna ocasión, pero no fue con la idea de que vieras en ella a una mujer.

JOAQUÍN.—Era una mujer.

MARIA.—¡Qué recuerdos tan lejanos vuelven a mi memoria! (Recuerdo el día aquél que me confiaste tu secreto!

MERCEDES.—¡El día que le confesaste tu amor!

JOAQUÍN.—¡El día que le confesé que ya no te amaba! Y lo demás llegó poco a poco, con la diaria convivencia. Y el amor brotó, como el fuego, ardiente y libre. Y nuestros corazones se entendieron...

MARIA.—¡Qué lejanos tiempos!

JOAQUÍN.—Acaba de ocurrir. Tan sólo un par de días me separan de ti, y te reencuentro. ¡Fuguémonos juntos ahora! ¡Todavía es tiempo!

MARIA.—Ya no puedo. Los años han sellado la herida que tu amor hizo en mí.

- JOAQUÍN.—¡Fuguémonos ahora que aún podemos ser dichosos!
- MERCEDES.—¡Eso dijiste, sí! ¡En esta misma habitación estábamos viendo los últimos instantes de nuestro matrimonio!
- JOAQUÍN.—Tú dijiste que era un loco. Tú no podías comprender que el amor fuese tan valiente para echarlo todo a perder. Tú jamás lo comprendiste, porque jamás amaste.
- MERCEDES.—¡Vete! (Señalándole la puerta). ¡Vete! ¿A qué recordar ahora lo que ya es inútil?
- MARIA.—Esa palabra fue la tuya. ¡Vete! —dijiste—. Y yo sentí como si me lo dijeras también a mí. Yo, la culpable...
- MERCEDES.—(Abrazándose a su hermana). Tú, no. ¡Tú no eras culpable de nada!
- JOAQUÍN.—Y yo me fui.
- MERCEDES.—Lo recuerdo.
- JOAQUÍN.—Seguías abrazada a tu hermana,
- MARIA.—Sentía su aliento sobre mí. No te vi partir.
- JOAQUÍN.—Tampoco yo pude ver tu rostro.
- MERCEDES.—Y yo dije: ¡Vete! ¡Vete! (Solloza abrazando a María). ¡Y me sentí liberada, al fin!
- JOAQUÍN.—(Sentándose y encendiendo calmamente un cigarrillo). ¡Sí, liberada! (Sigue sollozando).
- JOAQUÍN.—(Sentándose y encendiendo calmamente un cigarrillo). Sí. Así fue, es cierto (fuma). El tiempo no ha borrado de tu memoria ni el más pequeño de los detalles. Pero acuérdate, acuérdate ahora: ¡Todo ha sido igual a como sucedió, salvo que entonces tú no lloraste!...



VERSOS ANDALUCES

DRAGO INTIMO

A Cádiz; ganadora de corazones, imán de poetas.
Al Ilmo. Sr. Don José María Pemán, Nóbel del
reino íntimo de mi corazón, con motivo del justo
homenaje rendido.

A tu recuerdo unidas van las horas
hoy latir de añoranzas.
Pero te sigo fiel. ¡Viéndote exacto
en un sueño de plata!
Una palabra nueva para Cádiz
quisiera en mi garganta,
en abrazo sin fin al sabio tronco
enraizado en mi alma.
Una palabra agradecida y noble
—suficiente y exacta—
para pagar las muchas que me has dicho
en tu noche estrellada,
mientras Cádiz gentil, maestro de siglos,
mi corazón robaba,
haciéndolo ya suyo —olas nupciales—
como mi desposada.